

“El cuerpo en Occidente es, ante todo, una tradición”, entrevista con Maria Gourley.



Maria Gourley es una mujer multifacética. Su inquietud y relación de décadas con las artes, la gestión de proyectos, la psicoeducación y el movimiento corporal, la trajeron a este momento. Es difícil encasillarla; dedicada a dirigir su organización MOV y con amplia práctica en diversos campos, prefiere

definirse como una “creadora de experiencias”.

Nacida en Canadá, criada en Chile y residente en México, con estudios en música, danza y psicoeducación, la vida de Maria ha estado marcada por vivencias profundas a nivel profesional y personal. En 2008 la comunidad latinoamericana residente en Vancouver la propuso como Mujer del año y en 2016 recibió el reconocimiento de la UNESCO a su trayectoria: “Si hiciéramos un estudio estadístico, nuestras vidas tenderían a caminar hacia una dirección, la lucha de mi vida ha sido construir un devenir propio, independiente de la proclividad”, dice sonriente. Su trabajo psicocorporal y artístico ha visitado EUA, Centroamérica, Chile, México, India, Canadá, Cuba y ahora, Colombia, donde viene a compartir un taller vivencial en la Universidad de Manizales y a dar una conferencia en Bogotá, en el marco del congreso *El Cuerpo en el Siglo XXI: aproximaciones heterodoxas desde América Latina*.

¿Qué te trajo hasta nuestro país?

Recibí la amable invitación de dos universidades para venir a compartir mi trabajo y aquí estoy.

Te dedicas a la psicocorporalidad ¿En qué consiste?

La psicocorporalidad es de los componentes de mi trabajo; se trata de técnicas que involucran al cuerpo como actor principal, dirigiéndose hacia acciones simbólicas, dinamizadoras de nuevos significados para la integración humana. He trabajado con el cuerpo desde las artes y la intervención social y terapéutica, en relación a contextos y situaciones vinculadas con el trauma y el desarrollo social. No obstante, en MOV contamos con diferentes áreas que incluyen la formativa, clínica y artística, lo que se ha ido definiendo y forjando de acuerdo a mi propia evolución profesional y a aquello que creo, puedo compartir y desarrollar.

Tú labor está relacionada con el cuerpo y su resignificación

¿Podrías ampliar esta idea?

El cuerpo de Occidente en el s XXI es ante todo, una tradición. Tradición vinculada al concepto de civilización, ubicando el nacimiento de este último criterio en la Grecia Antigua, donde lo civilizado estaba marcado por patrones hegemónicos y lo incivilizado definido en todo aquello considerado bárbaro, entendiendo que el adjetivo “bárbaro” se utilizaba para denominar peyorativamente al extranjero, o sea, a aquel que se consideraba diferente.

¿Y cómo se relaciona esto con el cuerpo?

En aquella época, Atenas se transformó en la acrópolis de las iconografías del cuerpo humano, donde no solo se producían estatuas de tamaño real e inclusive de mayor dimensión que llenaban la ciudad, sino imágenes de personas y su convivencia en los utensilios de uso cotidiano, tales como la vajilla común. En ellas se mostraban conjuntamente las habilidades de la cultura griega de producir simetría y proporción y una determinación por asociar la belleza con la virtud y la integridad moral. Estos estereotipos estéticos especificaban a los atenienses y les determinaban cómo ser atenienses, cómo relacionarse entre sí y de qué trataba la naturaleza humana. Estas manifestaciones figurativas articulan nuestro legado y son concepciones que podrían perfectamente equipararse con la publicidad contemporánea que muestra modos de vida ideal por medio de la imaginaria impuesta por los bienes de consumo, junto a la normalización de la segregación por motivos étnicos, de género, sociales y de edad.

Hablar de lo tradicional es hablar de exclusión

Podría interpretarse así, también como propósito de homogenización. Traspasemos esta idea a la danza; el folklor, surgido de la idea de Estado-Nación, pretende transmitir valores comunes de carácter identitario, o sea, es una manifestación tradicional. En cambio, las danzas definidas como étnicas y/o rituales, responden a una necesidad comunitaria de crear espacios de cohesión social sin desconocer la subjetividad de los sujetos. La psicocorporalidad que propongo, intenta rescatar ese sentido último y desafiar la idea de cuerpos especificados y por lo mismo, de emociones predeterminadas e ideas preconcebidas. No digo con lo anterior que no estemos permeados por el entorno, porque somos seres sociales, sin embargo existe en cada ser un potencial por desarrollar y descubrir que corresponde a su particularidad. Esa ha sido la línea de trabajo que hemos fomentado en MOV, ya sea en la experiencia artística, formativa o clínica, viendo que cada quien, con sus problemáticas, características y cualidades, puede ser un agente de cambio si es capaz de contactarse consigo y con el mundo desde su singularidad, incluyendo al cuerpo en los procesos.

¿Cómo el trabajo psicocorporal puede encontrarnos con nuestros potenciales?

Desde la Antigua Grecia comenzamos a conceptualizar al cuerpo como un ente transportador y comunicador, lo que se expresa en la disociación mente-cuerpo-emociones; no existe cognición ni emoción sin sensación corporal: somos experiencias encarnadas. El delimitar la corporalidad produce sujetos moldeados, nos neutraliza y nos fragmenta, el abrir espacios de expresión corporal, de manifestación corporal emocional y afectiva, nos encuentra con otros y con nosotros mismos.



Fragmento de entrevista realizada a Maria Gourley para UNIMINUTO Radio, Bogotá – D.C- Colombia